



¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?  
¿Se tardará en responderles?

LUCAS 18: 7

«**N**o insista! Deje de presionar a Dios. Preséntele una sola vez sus peticiones y deje que él responda». Así se expresaba un predicador en un sermón que escuché en cierta ocasión. Sin embargo, en la parábola de la viuda y el juez injusto, Jesús habla de la necesidad de orar siempre y no desmayar.

¿Le causa a Dios alguna molestia que seamos perseverantes en nuestros ruegos? ¿Debemos insistir a la hora de buscar lo que deseamos recibir? Jesús responde de la siguiente manera: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mat. 7: 7). Parece que está claro que Jesús tenía en mente que hay que ser insistentes en el proceso de la oración. Desgraciadamente, hay cristianos bienintencionados que pueden perder fantásticas oportunidades y bendiciones en la vida por el solo hecho de adoptar un papel completamente pasivo en su vida de oración. Muchos creyentes le piden algo a Dios una o dos veces nada más, y luego se sientan y se olvidan completamente del asunto.

Hay un elemento vital en la oración que la mayoría de las personas pasan por alto, y es el de la perseverancia. Aunque no “pase” nada, y aunque parezca que Dios tarda en responder, hay que perseverar. Debemos ser perseverantes al orar. ¿Sabías que una de las mayores vetas de oro jamás descubierta en los Estados Unidos se encontró a un escaso metro de donde mineros anteriores habían dejado de excavar? A menudo, los cristianos experimentan el mismo problema: la mayor de las bendiciones de Dios se encuentra un poquito más allá de donde nos rendimos, apenas un poco más allá de donde estamos dispuestos a ir.

He tenido la experiencia de orar durante doce años por un problema. Hubo momentos en que me sentí decepcionado. Estaba seguro de que lo que le pedía a Dios en oración era correcto, y estaba convencido de que él habría de responder inmediatamente. No sé por qué demoró tanto tiempo en dar respuesta a mi petición, pero finalmente la bendición llegó: la persona por quien oraba fue liberada de su alcoholismo.

Recuerda esta mañana, y a lo largo de todo el día, que Dios siempre está en el proceso de contestar la oración. Insiste en la oración. Al fin y al cabo, si tienes que esperar, siempre será una bendición, porque la oración es el alimento para la vida del Señor Jesucristo dentro de ti.

Y el Señor haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros.

1 TESALONICENSES 3: 12



Cuando el apóstol Pablo oraba de esta manera, elevaba un ruego urgente desde lo más profundo de su corazón. ¿Cuál era la razón de esta súplica? ¿Por qué pedía en oración que el amor creciera en el corazón de los creyentes? ¿Qué era lo que estaba en juego? Estaba en juego la demostración de la realidad del poder de Dios en la vida de sus hijos. Jesús describió el impacto que el amor mostrado por su iglesia tiene ante el mundo. Lo hizo con las siguientes palabras: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13: 35).

La marca pública indispensable de un creyente es el amor. Jesús da por sentado que el mundo observa a sus seguidores y que emite un juicio sobre ellos. En los días del Imperio romano, los creyentes de los primeros siglos ejercieron una poderosa influencia en cuantos los observaban. Cuando, por su fidelidad a Dios, eran llevados al circo para ser despedazados por las fieras, la multitud que se había congregado para disfrutar de tan cruel espectáculo viendo correr la sangre inocente, quedaba perpleja por lo que sus ojos contemplaban. Entre los sentenciados a muerte se encontraban hombres y mujeres, adultos y niños, jóvenes y ancianos. En el momento en que salían los leones, los cristianos más fuertes corrían hacia los más débiles para protegerlos. Tal muestra de amor silenciaba a muchos, que exclamaban «¡Mirad cómo se aman!» Esa demostración de amor cambió la vida de muchos habitantes del Imperio, que llegaron a ser cristianos.

Justino, uno de los primeros apologistas cristianos, finalmente martirizado hacia el año 165, describió a los creyentes de sus días de la siguiente manera: «Nosotros, que nos aborrecíamos unos a otros, ahora, desde la venida de Cristo, vivimos en familia con ellos, y oramos por nuestros enemigos y procuramos persuadir a los que nos aborrecen injustamente a que vivan en conformidad a los buenos preceptos de Cristo».

Creer en el amor, indiscutiblemente, lleva a la iglesia a crecer en la evangelización, el cuidado pastoral, el matrimonio y en las relaciones con otras personas, aun con los que se discrepa.

Ora hoy al Señor para que su amor crezca más y más en tu corazón, para que su amor se muestre en tu vida como se muestra en el cielo.



Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio.

FILIPENSES 1: 12

«**P**oderoso caballero es don Dinero», decía con mucho ingenio el gran literato español Francisco de Quevedo. Otros dichos no tan literarios señalan que «el dinero habla» o que «el que tiene oro manda».

Después de la crucifixión de Jesús, hubo una discusión acerca de dónde habría que sepultar su cuerpo. Al respecto, el profeta Isaías decía: «Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca» (Isaías 53: 9). Las cosas sucedieron exactamente como fueron predichas.

En cumplimiento de la profecía, un hombre de mucha influencia, llamado José de Arimatea, se presentó ante Pilato para solicitar el cuerpo de Jesús. Su influencia y relación con el prefecto le valieron para lograr lo solicitado, y José colocó el cuerpo sin vida en un sepulcro tallado en la roca para una persona de mucho dinero.

José era una persona muy respetada, miembro del sanedrín, hombre de carácter y muy distinguido. Su posición influyente fue de gran bendición para el cumplimiento de los propósitos divinos. ¡De cuánta bendición son el dinero, la posición social, el prestigio y la fama cuando son puestos en las manos de Dios para el progreso de su causa!

Independientemente de nuestra posición social, de nuestra formación o de nuestras posibilidades económicas, todos podemos ser influyentes. Conocí a una humilde hermana, llamada Francisca, que era la cocinera del presidente de la República de El Salvador en la década de 1970. Aunque no tenía el dinero de José de Arimatea, era rica en fe. En varias ocasiones llevó al señor presidente y a su esposa a cultos de la iglesia. Lo que nunca pudieron hacer otras personas con ventajas materiales lo hizo esta fiel cocinera.

La Biblia dice que Dios desea que sus hijos sean cabeza y no cola. Dios desea que ejerzamos una poderosa influencia en el lugar donde nos encontremos. Si tenemos lo que tenía José de Arimatea, ¡alabado sea Dios!; si no, podemos hacer como el José del Antiguo Testamento, que aun siendo esclavo influyó en Potifar.

¿Ha servido tu prosperidad para el avance del evangelio? ¿Has usado tus dones y talentos para influir en aquellos que te rodean?

Ora hoy y dile al Señor: «Ayúdame a ejercer una influencia positiva con lo que soy y con lo que tengo —mi lugar de trabajo, mi ciudad, mi país— para el bien del evangelio».

Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra.

OSEAS 6: 3



**C**onocer a Dios debe ser la búsqueda de toda una vida para cada hijo de Dios. ¿Son intensos y desesperados tus deseos de conocer a Dios? ¿Se elevan tus pensamientos cuando meditas en lo que Dios ha hecho por ti? ¿Has superado la relación superficial en tu comunión con Dios? ¿Cuán estrecha es la comunión que tienes con tu Padre? Durante su ministerio, Pablo estuvo obsesionado por conocer a Jesús. Entendía claramente la diferencia entre conocer *acerca de* Dios y conocer *a* Dios.

Conocer a Jesucristo conlleva una comprensión cada vez más profunda, comprensión que se logra a través del cultivo de una relación íntima con él. Parecería que muchos cristianos han conectado su “piloto automático”. Todos sus movimientos son realizados fielmente, de forma mecánica. Asisten a la iglesia, estudian su lección de Escuela Sabática y devuelven sus diezmos, pero realmente no hay emoción, ni pasión; todo es pura rutina. No hay nada más que dar, nada más que conocer, nada más que mejorar.

Si quieres sentir esa pasión, si, como el apóstol Pablo, quieres conocer más y más de tu Señor, he aquí algunos consejos para hoy.

- No permitas que haya algo en tu vida que signifique más para ti que Cristo. Elimina cuanto te impida conocer más de la plenitud de su amor. Nada le agrada más a Dios que nuestra entrega total. Vigila que tu relación con él no decaiga.
- Reordena tus prioridades de manera radical. Es imposible conocer a Dios cuando lo dejas en segundo lugar a la hora de decidir entre culto y diversión, entre devolverle el diezmo o atender mis necesidades, entre conversar con él o con los humanos. Dios debe ocupar siempre el primer lugar. Nuestro prestigio, nuestras posesiones, nuestras pérdidas y nuestras penas son secundarios en comparación con la bendición de conocer a Jesús.
- Dispón hoy tu corazón y tu mente para conocer a Jesús. Experimentarás cómo Dios abre tus ojos y tus oídos espirituales, revelándose a ti de manera maravillosa y a menudo inexplicable. Hoy el diablo te presentará algunos sustitutos tentadores, pero nada puede compararse con el valor de una relación auténtica y apasionada con Jesucristo.

¿Es Dios la pasión más importante para ti hoy?



¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron.

HEBREOS 2: 3

**T**odavía recuerdo una de las primeras semanas que prediqué en la iglesia que pastoreé cuando aún era aspirante al ministerio. El mensaje estaba basado en la historia de Gedeón y los trescientos. El punto central era mostrar lo difícil que es la salvación. Explicaba que, de los 32,000 que fueron llamados por Gedeón, solo 3,000 pasaron la prueba. Luego, usando una operación matemática, probaba que, de 400 miembros que tenía mi iglesia, solo tres estaban preparados.

Al día siguiente salí a visitar a algunos miembros. Al llegar a uno de los hogares, encontré a toda la familia desanimada. Me dijeron que, después de mi sermón, les parecía que la salvación no es nada fácil y que otros estaban más seguros que ellos. Al recordar aquello comprendo ahora lo equivocado que estaba en mi concepto de la salvación.

Nuestro texto dice que tenemos una salvación extraordinariamente grande. Jamás será comprendida por nuestra mente finita, cuya existencia es breve. Los redimidos tendrán como tema de estudio la inagotable ciencia de la salvación. Los siglos sin fin serán insuficientes para alcanzar sus profundidades. Cada día escucho y leo cosas maravillosas acerca de la gracia salvadora que me llenan de asombro.

En la República Checa escuché a un predicador decir que «la gracia salvadora de Dios no solo pagó la enorme deuda que por nuestros pecados teníamos con Dios, sino que, además, nos dejó saldo suficiente a favor para que nunca más nos volviéramos a endeudar».

Lo más extraordinario del amor de Dios es que nunca cesa. Nos ama hoy lo mismo que nos amó ayer, y su amor por nosotros no cambiará mañana. Cuando sentimos que hemos fallado, Dios corre y se coloca frente a nosotros con el mensaje de esperanza a nuestro favor. «Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Cristo ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rom. 5: 5). La salvación no tiene nada que ver con nuestro comportamiento; lo tiene que ver todo con la gracia de Dios.

Jesús exclamó desde la cruz «Consumado es». No hay nada que podamos hacer para ganar mayor salvación, mayor perdón. Cuando Cristo expió nuestros pecados, borró la cuenta. Le puso el sello de CANCELADO y abonó en su libro de contabilidad todos los beneficios derivados de ser él quien es. El amor de Dios no es consecuencia de lo bien o mal que yo me porte. Esa circunstancia precisamente me quita el deseo de pecar. Lo que quiero es obedecerlo, alabarlo y compartir con otros su gran salvación.

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

FILIPENSES 3: 13, 14

**E**l apóstol Pablo fue un “adicto” a la gloria de Dios. Por eso precisamente dijo: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3: 18). En pocas palabras, venía a decir: «Ser como Jesús es mi ansiedad, mi búsqueda, mi desesperación. Me parece que nunca tengo suficiente de él».

Un adicto a una sustancia nunca está satisfecho; siempre necesita más. Cuanto más aumenta su nivel de tolerancia, mayor es la fuerza que lo impulsa a alimentar su hábito con una creciente cantidad de la sustancia en cuestión. No asombra que Pablo expresara el anhelo de su corazón de la siguiente manera: «Olvido lo que queda atrás. Prosigo, no cejo en mi empeño hasta alcanzar más cada vez». Probarlo una vez no fue suficiente. Un milagro no lo llenó. Acudir a la sinagoga no satisfizo sus ansias. Ni siquiera el encuentro camino a Damasco fue el final. El apóstol nunca estuvo satisfecho. Pablo fue adicto. Estaba para siempre poseído por el poder de Dios y por su gloria, como por un anzuelo del cual no podía desprenderse.

Dios anhela que su iglesia sea un ejército de adictos, de creyentes desesperados por ser transformados a la imagen de su Hijo.

Si tu relación con Dios y la devoción que le manifiestas han llegado a ser previsibles y aburridas, te desafío para que busques a una persona que no conozca a Jesús y compartas el amor que Dios ha derramado en tu corazón. Ese amor, que has recibido gratuitamente, debes compartirlo de la misma manera. Permite que el Espíritu Santo te tome. Él puede cambiar en segundos tu rutina y convertirte en un apasionado discípulo de Jesús.

Deja que el poder del Altísimo derribe las barreras de tu indiferencia religiosa. Comienza a gritar lo que Jesús ha susurrado a tus oídos. Di al mundo entero lo que el Señor ha hecho por ti. Sé un adicto a la gloria de Dios.

Grita hoy con voz de triunfo, y con la melodía de un dulce canto: «Jesús es el Salvador del mundo». Que se escuche en toda tu ciudad ¿Sabes qué sucederá? Un río de avivamiento fluirá en tu corazón. No esperes más. Experimenta hoy un avivamiento.



En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta.

2 TIMOTEO 4: 16

«Ninguno estuvo a mi lado». Estas son palabras llenas de tristeza con las que todos podemos identificarnos en mayor o menor medida. Igual que el apóstol Pablo, muchos, por no decir todos, hemos experimentado momentos en la vida cuando sentimos que hemos quedado solos en nuestro dolor, nuestro fracaso, nuestro problema o nuestra pérdida. Es fácil entender el peso que este hombre de Dios experimentaba cuando escribió: «Todos me desampararon. Estuve solo frente a mis acusadores». En algún momento de la vida, todos nos hemos sentido abandonados.

Tal vez te has sentido solo cuando has defendido posturas a favor de la verdad y no has aceptado hacer cosas indebidas. Se puso en mi conocimiento hace algún tiempo una historia verídica acerca de uno de los profesionales de la iglesia, un ingeniero de éxito que trabajaba en un organismo oficial del gobierno de su país. Esta persona, perfectamente competente en su campo, no accedió a participar en algo deshonesto que se esperaba de él: no aceptó alterar cifras en los presupuestos de algunos proyectos que serían financiados con fondos públicos. Su determinación de mantenerse del lado de la honradez provocó que todos sus compañeros le hicieran el vacío y que, finalmente, sus superiores, interesados en que el plan prosperase, lo despidieran de su trabajo. Sin duda, tal experiencia no es excepcional. ¿Sientes tú que los que una vez te apoyaron te consideran ahora legalista y raro?

Como hijos de Dios, nunca estamos solos, pues su Espíritu nos guía para indicarnos el camino que debemos seguir. Tomar posiciones en favor de lo correcto requiere de mucha valentía. Vistas las cosas desde una óptica humana, parece que en los momentos difíciles, o cuando tenemos que ser firmes en defensa de la verdad, estamos solos, que nadie está con nosotros. Sin embargo, no es así en realidad, pues tenemos la mejor compañía posible: Jesús siempre está a nuestro lado.

Nunca estamos solos. Las pruebas de la vida son preciosas oportunidades para que Dios manifieste su poder y sabiduría para el bien de sus hijos.

Hoy quizá te sientas solo, como el apóstol. Quizá tu familia te dejó solo, o lo hizo tu pastor, o lo hicieron tus hermanos. Cobra ánimo, no temas. Te invito a entonar hoy las estrofas del himno “¡Solo no estoy! Jesús está a mi lado. Amigo fiel que no dejará”.